

Bruschetti, Lucas

Una historia de emociones, sentimientos y sexualidad adolescente en el Gran Buenos Aires de los años sesenta y setenta

EN: L. Bolla (Ed.). (2022). Caleidoscopio del género : nuevas miradas desde las ciencias sociales. Temperley : Tren en movimiento. pp. 219-238

Bruschetti, L. (2022). Una historia de emociones, sentimientos y sexualidad adolescente en el Gran Buenos Aires de los años sesenta y setenta. EN: L. Bolla (Ed.). Caleidoscopio del género : nuevas miradas desde las ciencias sociales. Temperley : Tren en movimiento. pp. 219-238. En Memoria Académica. Disponible en: <https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/libros/pm.5553/pm.5553.pdf>

Información adicional en www.memoria.fahce.unlp.edu.ar



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

CALEIDOSCOPIO DEL GÉNERO

Nuevas miradas desde las ciencias sociales

LUISINA BOLLA
(editora)



TRENENMOVIMIENTO

LUISINA BOLLA
(editora)

Caleidoscopio del género

Nuevas miradas desde
las ciencias sociales

Caleidoscopio del género : nuevas miradas desde las ciencias sociales / Adriana Valobra ... [et al.] ; editado por Luisina Bolla. - 1a ed. - Temperley : Tren en Movimiento, 2022.
274 p. ; 22 x 14 cm.

ISBN 978-987-8902-23-4

1. Estudios de Género. 2. Feminismo. I. Valobra, Adriana. II. Bolla, Luisina, ed.
CDD 306.7601



www.idihcs.fahce.unlp.edu.ar/cinig
cinig@fahce.unlp.edu.ar

1ª edición, 2022 (Temperley: Tren en Movimiento)
Edición al cuidado de Alejandro Schmied
Ilustración de tapa: Natalia Casola

© Textos e imágenes: las respectivas autoras y autores, 2022
© Tren en Movimiento, 2022
www.trenenmovimiento.com.ar
trenenmovimiento@gmail.com

Impreso en América Latina
Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Una historia de emociones, sentimientos y sexualidad adolescente en el Gran Buenos Aires de los años sesenta y setenta⁹³

LUCAS BRUSCHETTI⁹⁴

INTRODUCCIÓN

Si bien existen distintas posturas historiográficas en relación con los sesentas en la Argentina (Bruschetti, 2018), estos años se nos presentan como una década de marcados cambios políticos, económicos y sociales, en un contexto de creciente autoritarismo caracterizado por la presencia de gobiernos militares dictatoriales y de gobiernos democráticos inestables –recordemos que en estos años los presidentes Arturo Frondizi, Arturo Illia y María Estela Martínez de Perón vieron interrumpidos sus mandatos constitucionales–. Para nuestro caso, nos interesa destacar que este periodo, asimismo, tiende a considerarse como

93. Los primeros planteos teóricos de este trabajo, así como el primer borrador que le dio forma, surgieron a partir de las lecturas y herramientas generadas colectivamente en la cursada del seminario de posgrado “Giro Afectivo y feminismos. Hacia la revisión de la temporalidad de la agencia” (FaHCE-UNLP), dictado por la Dra. Cecilia Macón y la Dra. Daniela Losiggio entre los meses de abril y mayo de 2021.

94. Profesor en Historia y estudiante del Doctorado en Historia en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP). Es becario doctoral por la Universidad Nacional de La Plata, bajo la dirección de la Dra. Adriana Valobra y con lugar de trabajo en el Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género (CInIG, IdIHCS, FaHCE, UNLP/CONICET). Integrante del PPI “Modernización en clave de género (Argentina, 1880-1970)”. Durante el 2021 se encontró dando clases en la E.E.S. N.º 9 de Ensenada.

aquel que produjo cambios radicales en el plano cultural y como el momento donde especialmente los adolescentes subvirtieron varias de las normas conservadoras que regulaban la moral sexual a través de diversos cambios en sus comportamientos y en las pautas de sociabilidad (Terán, 1991; Cosse, 2010; Felitti, 2012).

Analizar los discursos y las prácticas sexuales de adolescentes que habitaron el Gran Buenos Aires, durante los sesenta y los setenta, cobra relevancia ya que los procesos de formación identitaria no son políticamente neutros, sino que se conforman intersubjetivamente y de manera relacional (Cosse, 2010; Cosse, Felitti y Manzano, 2010; Franco Rodríguez, 2015). Siguiendo el marco teórico propuesto por Silvia Rivera Cusicanqui (2018), podemos sostener que las personas no somos totalidades cerradas que entramos en diálogo con los otros, sino que nos vamos haciendo en el tiempo junto con los otros. Los ámbitos que definen la existencia son múltiples, pero no como algo contradictorio. Analizándolo desde esta epistemología *ch'ixi* (Rivera Cusicanqui, 2018) afirmamos que las identidades o, mejor dicho, las identificaciones –con el sentido de dinamismo que posee el concepto– son una suerte de emulsión, se encuentran fundidas y fluyen históricamente. Este modelo propuesto por la mencionada autora boliviana, que aborda la yuxtaposición, lo intermedio, es fundamental para continuar pensando en los procesos de construcción histórica de las diversas identificaciones, ya que nos permite fugarnos de los esquemas binarios, dicotómicos, reduccionistas y esencialistas a los que la epistemología moderna/colonial pretende reducir estos complejos procesos de subjetivación. Las personas somos interseccionales en tanto el género, la sexualidad, la clase, la subjetividad, la corporalidad, la edad y el cómo nos racializan influyen de manera conjunta en el actuar-sentir del sujeto y de la sociedad total. Los discursos sobre las sexualidades, así como del tipo de prácticas sexuales que realizaban los adolescentes y las formas de subjetivarlas, tenían impacto en su propia vida y en el resto de la sociedad.

Debemos notar, sin embargo, que los soportes documentales que se utilizan en estos campos de investigación de historia de las sexualidades y de los estudios culturales son muy similares. Partiendo de allí, no podemos pensar que lo que aparece reflejado en las

fuentes más exploradas, como las revistas o los digestos médicos, sea fiel testigo de las prácticas sexuales y las formas de vivenciar la sexualidad que mantenían los adolescentes (Manzano, 2007). Si bien estas fuentes pueden reflejar parte de sus experiencias, no todo el abanico de posibilidades quedaba reducido a lo figurado en ellas. Las investigaciones en el campo historiográfico han obviado el estudio de las prácticas cotidianas de la sexualidad, y, asimismo, no han utilizado la herramienta de la historia de vida como una manera de comprenderlas. Han sido descuidadas las voces de las propias personas al concentrarse las investigaciones en análisis documentales que privilegian las intervenciones institucionales o de referentes “autorizados” frente a las de los propios sujetos bajo estudio. Pocos autores han abordado las prácticas desde el relato de los partícipes, entre los que destacan, por ejemplo, el trabajo de Carlos Fígari y Florencia Gemetro (2014) que aborda la situación de jóvenes lesbianas en nuestro país, especialmente en la década del sesenta. A la vez, en este campo de estudio se ha tendido a privilegiar casi exclusivamente a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires como el territorio donde analizar estos comportamientos sexuales, en detrimento de otras regiones y ciudades. Por ello, la importancia de este trabajo reside, también, en poner la atención y el foco en el espacio del Gran Buenos Aires, especialmente en el Conurbano bonaerense.

Partiendo de una serie de herramientas provenientes de la matriz teórica del Giro Afectivo y a través de la utilización de la entrevista oral semi-estructurada a quienes hubieran atravesado su adolescencia en el Gran Buenos Aires de las décadas del sesenta y setenta, rastreamos algunos elementos que nos permiten relacionar directamente su sexualidad con una dimensión emocional. En esa intersección entre sexualidad y orden afectivo patriarcal⁹⁵ es donde veremos materializada la heteronorma, así como los mecanismos para que la sexualidad de estos adolescentes se convierta en un dato relevante que hacía al actuar-sentir individual y social. Así

95. El orden patriarcal se encuentra legitimado, en términos históricos, por un poderoso sostén que muchas veces se presenta invisibilizado: una determinada “configuración afectiva” en palabras del autor Jan Slaby (2018); o “estructura del sentir”, según el ya clásico concepto del autor Raymond Williams (Pinque, 2020).

se pueden observar las negociaciones y tensiones que se establecían entre los discursos hegemónicos sobre sexualidad y las prácticas sexuales de los informantes: ¿Cómo subjetivaban su sexualidad? ¿Cómo se sentían? ¿Cómo lo expresaban?

JUAN Y SU SENTIR. SEXUALIDAD, FAMILIA Y ESCUELA

La sexualidad y la subjetividad no son algo que se pueda reducir al plano interior o íntimo, ya que tener un cuerpo es aprender a estar en movimiento. Los autores Christian Von Scheve y Jan Slaby (2013) realizan una serie de exploraciones conceptuales en esa dirección al destacar que la palabra “emoción” proviene etimológicamente del latín y significa “mover” o “agitar” –entre otras acepciones–. Así, aunque tradicionalmente las emociones pueden ser pensadas como interrupciones dirigidas que impulsan a actuar, éstas también son formas de agencia⁹⁶ en sí misma. Es decir, las emociones no son la intermediación o el puente para un supuesto punto de llegada, sino que pueden ser consideradas acciones en sí mismas –esto para no desvalorizar la importancia subjetiva que poseen–. Tampoco son una dimensión meramente personal, ya que el orden afectivo cuenta con una existencia anterior al propio proceso de individuación. La sexualidad y la subjetividad, algo en teoría perteneciente a la esfera privada, moldea la esfera pública y actúa directamente en ella. Si trasladamos esto al período analizado, observamos que lo que cada quien hacía “de la puerta para adentro” tenía un impacto directo y casi automático en las relaciones sociales y económicas. ¿Qué pasaba en los años sesenta y setenta con aquellos adolescentes varones que no eran heterosexuales? ¿Cómo subjetivaban su sexualidad? ¿De qué maneras les hacían sentir el peso de la heteronorma?

96. Desde nuestro posicionamiento teórico comprendemos a la “agencia” como la capacidad de actuar ante la estructura. El autor Esteban Leiva (2015) introduce una definición conceptual más clásica sobre la agencia a partir del trabajo del economista Amartya Sen: “[...] lo que una persona es libre de hacer y lograr en la búsqueda de metas o valores que considera importantes” (p. 11).

Juan⁹⁷ nació en 1948 en Capital Federal, y durante su adolescencia, en los años sesenta, vivió en la Zona Oeste del Gran Buenos Aires, específicamente en la localidad de Ramos Mejía, partido de La Matanza. Convivió con su madre, ya que su padre había fallecido producto de un aneurisma cuando él tenía nueve años. Económicamente, se encontraban en una buena posición, ya que su padre junto a su hermano menor –el tío paterno de Juan–, habían creado una empresa que se dedicaba a la venta de repuestos de autos y ésta había ido creciendo paulatinamente. Ese tío, tras el fallecimiento de su padre, fue el que continuó manteniéndolos a él y a su madre en el mismo nivel de vida que habían tenido hasta ese momento. Juan, además, hizo casi toda la escuela primaria y la totalidad de la escuela secundaria en el Colegio Ward,⁹⁸ de gestión privada, cuyo edificio y campo de deporte, que lo hacen tan característico, podía ver desde la ventana de su habitación. Aunque se reconocía como una persona tímida, Juan siempre fue una suerte de adolescente modelo en la escuela. Era bueno, responsable, estudioso y querido por los docentes y por los familiares de sus compañeros: “Sí, yo era el chico que las madres querían que sus hijos tuvieran como amigo”. Sin embargo, a pesar de que en ese colegio afirma haberla pasado “genial”, no deja de señalar que también lo mantuvo aislado de la realidad. Durante su adolescencia se encontró viviendo y arrastrando una contradicción muy grande que lo hacía sentir mal. Si por un lado la pasaba bien, por otro lado, había un aspecto muy destacable de su identificación que no cuajaba con ese adolescente modelo: no era heterosexual.

Es importante destacar que en estas décadas todavía no contamos con conceptos o palabras que definan o caractericen positivamente otras sexualidades que no fueran la heterosexual.⁹⁹

97. Entrevista realizada por el autor y Patricio Simonetto en Capital Federal el 20 de febrero de 2019. Se cambiaron los nombres de todos los entrevistados para respetar su anonimato.

98. Técnicamente el Colegio Ward está ubicado en la localidad de Villa Sarmiento, partido de Morón. Sin embargo, en esa época, era común confundir dicha localidad como parte de las ciudades vecinas de Ramos Mejía y Haedo.

99. Habrá que esperar a que surjan grupalidades como “Profesionales”, “Grupo Nuestro Mundo” y posteriormente el “Frente de Liberación Homosexual” para

Ésta aparecía normalizada, naturalizada y, por descarte, todo el abanico de posibilidades en materia de sexualidad quedaba patologizado, homogeneizado, marcado, subalternizado y subsumido bajo ese régimen heteronormado de poder (Wittig, 2006). Ya es bastante conocida la frase propuesta por el autor George Steiner: “Lo que no se nombra, no existe”. Pero, ¿qué pasaba en esta sociedad bonaerense que sí nominaba a esas sexualidades cuando era necesario? Todas esas sexualidades disidentes, que aparecen reflejadas en casos como el de Juan, sólo podían existir discursivamente en términos negativos, como una suerte de espejo de la otredad desde donde proyectar la heterosexualidad esperable y obligatoria (Rich, 1996).

En este sentido, palabras discriminatorias, despectivas y condenatorias como *puto*, *trolo*, *maricón* y *comilón* eran frecuentes en el Gran Buenos Aires de esos años para referenciar a varones no-heterosexuales. Eran, incluso, utilizadas como gritos e insultos en la vía pública. Horacio,¹⁰⁰ quien nació en 1960 y durante su adolescencia vivió en la localidad de La Granja, partido de La Plata, es otro de los varones entrevistados que no era heterosexual, y comenta que estas actitudes y acciones en las calles eran típicas del *chonguerío*.¹⁰¹ Otras personas entrevistadas, como

ver problematizada esta cuestión, así como las formas en que estaban disputando y militando esos sentidos (Simonetto, 2017). La palabra “gay” es introducida a partir de los años ochenta, adquiriendo desde allí gran masificación en su uso.

100. Entrevista realizada por el autor, en La Plata, el 20 de mayo de 2021.

101. Diego Sempol (2013) sostiene que “[...] durante los años cincuenta y sesenta, [...] estuvo –y está aún muchas veces– muy difundido el llamado modelo latino, que el sociólogo Néstor Perlongher (1987) describió como ‘loca-chongo’, el que reproduce los esquemas clasificatorios que oponen masculino-femenino [...]” (p. 37). Dentro de ese esquema, autores como Omar Acha y Pablo Ben (2004/2005) definen al *chongo* como “el varón ‘no-homosexual’ activo” (p. 234). Continúa, Diego Sempol (2013): “La reproducción de la jerarquía en la relación [loca-chongo] hace así que el activo [el *chongo*] muchas veces no sea considerado homosexual y escape casi por completo al estigma” (p. 38). Destacamos que es el propio Horacio quien ha sido testigo en diversas oportunidades de cómo los mismos *chongos* que le gritaban “puto” y “trolo” por la calle a varones no-heterosexuales, eran los mismos que “[...] después andaban buscando putos”.

Alcira¹⁰² y Marta,¹⁰³ afirman que también podía ser común escuchar que alguien dijera de otra persona que “pateaba en contra”.

Marta nació en 1947 y su adolescencia, por el tipo de trabajo que tenían sus padres, transcurrió en diversas zonas del Gran Buenos Aires: Lanús, Palermo (Capital Federal), Dock Sud, Lomas del Mirador y Mercedes. Vivió, también, en la ciudad de Mar del Plata (partido de General Pueyrredón). Es ella quien comenta que era habitual que se asociara la timidez de un varón a la homosexualidad. Los varones, en los años sesenta, debían poseer y demostrar determinado tipo de personalidad y sentimientos para ser considerados un varón de verdad. La timidez, pensada como una sensación más propia de las mujeres, no era bien vista en los varones, a quienes se incentivaba a ser audaces y atrevidos –características asociadas a la masculinidad–. Así, el deber ser del sentir hegemónico encontraba aplicabilidad de manera generizada y sexualizada, produciendo una cultura emocional para varones y otra cultura emocional para las mujeres (Hochschild, 2008).

Sin embargo, cuando a principios de los sesenta los compañeros de la escuela le dijeron a Marta: “¡Ay!, porque ustedes tienen de compañero a [Roberto], que patea en contra”, ella no comprendió a qué se estaban refiriendo. Le tuvo que preguntar a su amigo, Esteban, qué significaba “patear en contra”. La respuesta que recibió es bien elocuente de lo que estamos diciendo: “No, son habladurías. [Roberto] es tímido, nada más”. Esteban buscó responder a la pregunta de manera indirecta, porque intentaba defender a su compañero de curso, quien era víctima de esas habladurías. Esa defensa pasaba por negar las acusaciones al poner el foco en su timidez. La homosexualidad no podía ser una opción “pública” deseable ni esperable, por eso Esteban buscó heterosexualizar a Roberto, utilizando una característica de su personalidad –la timidez–, como forma de protegerlo.¹⁰⁴ Pero Marta no se quedó con

102. Alcira nació en 1942. Su adolescencia transcurrió en Capital Federal, específicamente en el barrio de Once. Entrevista realizada por el autor, en Palermo, el 20 de agosto de 2019.

103. Entrevista realizada por el autor, en Palermo, el 20 de agosto de 2019.

104. La timidez de Roberto también puede aparecer pensada como poten-

eso y volvió a preguntarle qué era “patear en contra”. Esteban, esta vez, sí le respondió: “Que le gustan los hombres”. Marta sostiene, en ese sentido, que “era tremendo cómo se juzgaba la sexualidad de la gente. [...] Tanto de las mujeres como de los hombres”.

El propio tío de Juan, al que éste le tenía terror, era el que le decía durante su adolescencia: “¡Habla fuerte, maricón!”. De nuevo, aquí, la sexualidad aparece estrechamente vinculada a la masculinidad a nivel capilar, ya que hasta la propia forma de hablar era motivo de sanción si no se cumplían las expectativas hegemónicas esperables y reservadas para cada género.

No solo las ideas sobre cómo debía ser una musculatura y textura en los hombres influía en el cuestionamiento de sus masculinidades; la poca afición a los deportes, los hábitos sedentarios, *su sensibilidad o su temerosidad* parecían ser indicadores de una supuesta homosexualidad que había que controlar (Rustoyburu, 2019: 98-99. Las cursivas son mías).

Por eso, Juan se “cuidaba muchísimo de los gestos” y buscó construir “una imagen de varón” ya que, a medida que iba pasando el tiempo, se fue dando cuenta de que no era correcto “lo que le gustaba”. Afirma que tenía que salir y despegarse de ese “puto”, dado que constituía el peor insulto que podía recibir.¹⁰⁵ Ese era su drama, el ser etiquetado de esa manera. Y todavía hoy, afirma, lo sigue siendo.

Habiendo hecho estas aclaraciones, y sabiendo que en esa época el término no existía, podemos entender por qué Juan, durante la entrevista, se identificó de igual manera como un adolescente gay o bisexual: “Porque lo tenía muy claro de que... yo me sentía bisexual, porque cualquier cosa erótica, si yo leí, leyera, o alguna película, qué

cia, en tanto estrategia de autoprotección y cuidado ante esa sociedad que de manera compulsiva buscaba controlar si el género y la sexualidad de las personas seguían de forma prescriptiva la pretendida normativa social.

105. Si bien hoy en día existen grupalidades y personas que resignificamos y reivindicamos el término “puto”, esto responde a debates y luchas que se fueron desarrollando con el correr de las décadas.

se yo, enseguida se me paraba, fueran minas o tipos [...]”. Y ese era, sin dudas, su secreto más celosamente guardado.

Horacio, por su parte, realizó un ejercicio “anacrónico” similar de restitución simbólica de su identidad. Al no contar, en ese momento, con palabras que pudieran acercarse a definir su propia sexualidad de manera cómoda y positiva, es que, durante la entrevista, también decidió definirse como bisexual durante su adolescencia. En una línea similar a la experiencia atravesada por Juan, pero con diez años de diferencia, Horacio comenta que cuando era chico vivió su sexualidad

[...] como un gran secreto. Como una cosa... no sé si prohibida es la palabra, pero... muy hermético todo. [...] Yo no entendía muy bien, pero siempre decía que yo perfectamente podía tener relación con un chico y una chica. [...] Y que a veces me pintaba una cosa, y a veces otra. Y, a veces, las dos cosas juntas. [...] En esa época, decir que eras bisexual era incomprensible. No podía ser que a vos... Es más, te llevaban al límite de decirte: “No, definíte. O una cosa o la otra, vos las dos cosas no”.

En este sentido, el secreto, el callarse, el agenciar el silencio, el pasar desapercibido y los intentos por ocultar la propia sexualidad, fueron algunas de las estrategias que debieron utilizar nuestros entrevistados no-heterosexuales para resguardarse, relacionarse y vincularse con el resto de la sociedad. Aquí se presentan, también, las formas concretas en que la sexualidad operaba como mecanismo interconectado de subjetivación y socialización, ya que las formas en que estos adolescentes se relacionaron con otras personas –familiares, amigos, docentes y desconocidos, entre otros– iban a depender, por término general, de la lectura sexualizada, generizada y corporizada que hicieran sobre su subjetividad y cómo la expresaban. Es decir, hegemonícamente existía una correspondencia lineal entre sexo-género-corporalidad-subjetividad-deseo, y allí donde esto no se cumplía, empezaban a operar los mecanismos de castigos, discriminación y subalternización de esas identificaciones-otras.

Si bien la estrategia del silencio o de buscar heterosexualizarse parece haber sido común entre los entrevistados, no debemos

perder de vista que se trataba de un agenciamiento, desde los márgenes, que buscaba negociar sus sexualidades y sus subjetividades ante la norma. En esa suerte de negociaciones cotidianas en las que se encontraban nuestros entrevistados, es donde se definía si su sexualidad iba a pasar desapercibida o si, por el contrario, se transformaba en un dato fundamental a la hora de enfrentar determinadas situaciones sociales. Estas circunstancias son las que, justamente, le hacían vivir a Juan una contradicción enorme que le generaba un gran malestar emocional y que no sabía cómo resolver: “Tenía terror de ser...”. Ese terror a Ser, es lo que, por descarte, nos permite vislumbrar cuáles eran las construcciones diarias y sostenidas de lo que implicaba el no-Ser, ese espacio social y subjetivo al que adolescentes como Juan eran empujados de manera cotidiana. “Aparte no había la información que hay ahora. A mí me hubiera ayudado muchísimo todo lo que ahora circula y es vida cotidiana [...]. Pero en ese momento no, y la sociedad pensaba de otra manera. [...]. Así que, a ese nivel, la pasaba muy mal”. Escasa circulación de información en materia de sexualidad que, encima, no aportaba ni ayudaba, sino que redundaba en confirmar el espacio de lo abyecto a donde eran reducidos. Poca información, pero la necesaria para que lo extrañara de su propia vida, personalidad y cotidianidad, y que lo hacía sufrir porque podía vislumbrar con claridad cuáles eran las acciones, pensamientos y placeres que la (hetero)norma condenaba.

En este sentido es que Juan afirma que, si alguien hubiera revelado su secreto,¹⁰⁶ si socialmente se dejaba de considerarlo

106. Si bien se puede pensar que Juan efectivamente logró mantener en absoluto secreto su sexualidad, la realidad es que a lo largo de su relato comenta que algunas personas, de su entorno más inmediato, sí supieron que él no era heterosexual. ¿Quiénes eran estas personas que pudieron haber revelado su secreto? Por una parte, están los que se “enteraron” –o al menos manejaban cierta información que me permite afirmar que sabían sobre su sexualidad– sin que Juan hubiera querido, como es el caso de su madre. Por otro lado, contamos también con al menos una persona más que sabía el secreto de Juan, pero porque éste así lo quiso. Se trataba de una compañera de curso del secundario que también vivía cerca del colegio. Como se había hecho muy amigo de ella, Juan la acompañaba algunas cuadras hasta la casa: “Y ahí empecé a hablar. No de la cosa gay, en absoluto. Pero por lo menos lo que me pasaba”. No es un dato menor que la primera persona con la que Juan se animó a hablar, a sus quince años, sobre “lo

como heterosexual, él se hubiese suicidado por no haber sabido qué hacer ante esa situación. No habría podido contra ello. Durante su adolescencia no contó con más estrategias de negociación social de su sexualidad y subjetividad: “Tenía todos los días capacidad de suicidio. Me la pasaba pensando en el suicidio”. Ante la falta de herramientas para resolver un problema estructural que se presenta irresoluble, el suicidio aparece como una forma de negociación desde la pérdida, porque si bien la solución es la muerte, la persona se puede reservar la decisión última de ponerle punto final a la situación de sufrimiento a la que se encontraba expuesto. Sin embargo, una pregunta fundamental que debemos hacernos es: ¿podemos pensar al suicidio como una forma extrema de fugarse de la norma o como una interiorización de la norma a tal nivel que comprende que su existencia no es deseable?

A la par del pensamiento recurrente del suicidio al que fue empujado durante su adolescencia por el peso de la heteronorma, Juan sentía un deseo muy profundo por “curarse”. Como decíamos, la heterosexualidad era vista como la sexualidad normal, natural, dada. Todo el resto de las otras sexualidades eran, así, fruto de discursos patologizantes y medicalizantes basados en un esquema binario y dicotómico. Por ello, Juan se pensaba como un “enfermo” que necesitaba “cura”. ¿Y cómo podían “curarse” estos adolescentes? ¿Qué opciones aparecían contempladas como posibilidad en esta época?

La opción fundamental pasaba por asistir –obligados, la mayoría de las veces– a un consultorio *psi* o médico (Rustoyburu, 2018; 2019). Y Juan no fue la excepción. Durante su adolescencia, él asistió a diversos tratamientos psicoanalíticos: “Lástima que no enganché ninguno que fuera piola”. Su madre es quien lo lleva a su primera experiencia con un profesional del ámbito *psi* en Capital

que le pasaba” hubiera sido una mujer de su misma edad. Él mismo afirma que, en materia de sexualidad, “las chicas tienen otra aproximación. [...] En cambio, los tipos quedaban en la cosa, más en ese momento, de mostrarse tan machos...”. En ese vínculo, en esas cuatro o cinco cuadras que caminaba junto a su amiga a la salida del colegio, encontró un espacio incipiente donde poder empezar a hablar y a tejer alianzas estratégicas en aras de una vida digna de ser vivida.

Federal cuando él contaba con trece años. El consultorio se encontraba en Congreso, sobre la Avenida Callao, a poca distancia de la popularmente conocida Confitería del Molino. Asimismo, resulta destacable que la madre decidiera moverse del barrio donde vivían hacia el microcentro porteño en busca de un psiquiatra para su hijo. Esto podría aparecer vinculado con, al menos, dos hipótesis interrelacionadas: que buscara alejarse del lugar donde vivían para evitar que su hijo y, por consiguiente, su familia fuera víctima de habladurías en el barrio sobre el motivo por el cual iba a terapia; que la madre lo llevara al “centro” para estar en contacto con especialistas de mayor renombre y prestigio.

Si bien la Capital Federal puede aparecer positivamente como el espacio de vanguardia política, científica, cultural y social por excelencia de esa época, no podemos dejar de señalar que esta vanguardia, incluso en lo que respecta al ámbito psi, fue lo que terminó por legitimar los procesos de medicalización (Rustoyburu, 2019) a los que fueron sometidos adolescentes como Juan.

En mi fantasía digamos que yo me quería curar, era como algo que bueno, puramente físico. Era como algo que pasaba ahí abajo. Cada vez que eyaculaba era ahí que me venía la fantasía del suicidio. Fuera una relación o una paja y... Entonces, me llevan como a una visita de consulta, con este que era un bestia.

Este psiquiatra, como parte del tratamiento que Juan supuestamente necesitaba, incluso llega a recetarle unas pastillas llamadas “Crecitotal” porque “se suponía que esas pastillas me iban a hacer crecer [...]. Porque eso me iba a hacer sentir mejor. Y yo la tomaba”.

La segunda vez que asistió a terapia, cuando tenía quince años, fue porque hubo “un motivo en particular”. Él sostiene que “lo agarraron en una historia”, que “saltó una cosa”, aunque no profundiza específicamente qué pasó. Podemos suponer que hubo algún episodio o situación en torno a su sexualidad que se hizo pública, al menos en su núcleo familiar, y que eso disparó como respuesta la necesidad de volver a medicalizarlo vía un tratamiento psiquiátrico: “Entonces, ahí si voy otra vez a este tipo” –el mismo psiquiatra en Capital Federal al que había ido aquella primera vez,

dos años antes—. Juan afirma que en ese momento se “sentía como el orto [...]. Era mi secreto mejor guardado puesto sobre la mesa de un desconocido”. Se encontraba expuesto y le habían quitado lo poco que podía intentar controlar en ese contexto: el esconder y ocultar su sexualidad. En esas experiencias de terapia Juan se la pasaba casi todo el tiempo callado. Incluso, cuenta que una vez el psiquiatra hasta llegó a quedarse dormido en plena sesión.

Hasta que al final el tipo, por lo menos, tuvo la lucidez de darse cuenta que no íbamos para ningún lado. Y, entonces, me deriva. ¿Cómo me deriva? [...] Trae a otro al consultorio, y otra vez la misma historia. Entonces, ahí nomás, pone sobre la mesa todo lo que para mí... El pasado era un drama, qué se yo. Se lo cuenta a él. Y ahí, nunca más volví.

La lectura heteronormada realizada sobre adolescentes como Juan fue el puntapié para continuar violentándolos en estos consultorios, pues prevenir las “inversiones”, prevenir la homosexualidad, era la *última ratio* que justificaba aquellas prácticas medicalizantes de comportamientos-deseos-cuerpos considerados desviados.

Sin embargo, no todas las experiencias terapéuticas que tuvo Juan fueron malas o en esa misma sintonía. Entre los dieciocho y los veinte años también se encontró arrastrando un enamoramiento, “de esos amores imposibles”. A ese chico, Juan

lo conocía hacía mucho, por la familia [...]. Y un día tuve un sueño. Tuve un sueño erótico con él. Eso nunca me había pasado. Al despertarme a la mañana, realmente sentí que había dado el paso final porque había unido el afecto, no sé si llamarlo amor, con el deseo. Eso nunca me había pasado. Ahí, entonces, nada, entré en una contradicción enorme porque aparte, estar enamorado es lo más lindo que te puede pasar; y para mí era como el suplicio final. No, ya, listo. No había nada que hacerle. Si yo encima le pongo el afecto a esa historia física, puramente física, nada. Y así que eso me tuvo muy mal como dos años. Y por suerte caí en manos de este tipo [el nuevo psiquiatra al que asistió]. Así que me ayudó a salir de eso. Realmente me ayudó a salir en su momento. Esa fue la única terapia de todas las que tuve hasta ese momento que realmente me ayudó.

Desde allí, el enganche fatídico que Juan relata entre deseo, afecto y placer físico fue el nuevo puntapié que, desde la terapia, le permitió seguir explorando su sexualidad y su subjetividad, pero desde otro lugar, con un nuevo punto de vista. El “suplicio” de la contradicción siguió haciendo carne en Juan algunos años más, pero cada vez de forma menos recurrente.

HABITAR EL GRAN BUENOS AIRES DESDE OTRO LUGAR

A primera vista podríamos suponer, desde una mirada lineal, que el placer sexual y el goce eran lo habitual dentro de quienes se identificaban como heterosexuales o, al menos, para quienes tenían naturalizada esa sexualidad como lo normal. Sin embargo, sabemos que esta relación no era así de mecánica. Además, a pesar de ser una sociedad fuertemente heteronormada y patriarcal, algunos adolescentes –especialmente las mujeres, los homosexuales, los bisexuales y las lesbianas– encontraron espacios de fuga donde poder sentir placer y explorar su sexualidad. Aunque los posibles límites sociales y políticos a sus comportamientos sexuales eran bien conocidos entre ellos, no podemos afirmar que aquellos se encontraban determinando a éstos. La exploración y subjetivación de las distintas sexualidades en términos positivos fue posible para un cierto número de adolescentes durante las décadas del sesenta y setenta en el Gran Buenos Aires, aunque con distintos márgenes de acción según atendamos al contexto situado de cada entrevistado. Horacio, en este sentido, apunta que, a pesar de lo “opresivo del sistema”, quedaba “[...] como un margen para que lo nuevo se vaya formando”.

Juan, en su caso, marca una segunda etapa en su relato, correspondiente a su post-adolescencia. Al pasar, más o menos, sus veinte años a comienzos de la década del setenta es que empieza a tomar mayor conciencia de lo mal que estaba viviendo y de las situaciones de sufrimiento a las que se veía expuesto. A partir de aquí, el descubrimiento y agenciamiento de su sexualidad en términos positivos se encuentra relacionado con dos situaciones fundantes que sucedieron en este segundo momento de su vida: el ingreso a la facultad y la obtención de empleo.

Había comenzado a hacer la carrera de Antropología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Las primeras materias introductorias que cursó allí fueron fundamentales porque le “abrieron la cabeza”. Juan comenta que en esa época

[...] estaba descubriendo el pensar, estaba fascinado con todo lo que me estaba pasando. Pero, por otro lado, [...] tenía ese bodoque encima que no... si uno no está bien con uno mismo, no podés hacer nada. Es, como dice RuPaul, si no te podés amar a vos mismo, no podés amar a nadie más.

Fue un comienzo verdaderamente importante. Esas contradicciones, puestas en otro contexto, como era la facultad, siguieron moviéndose. Pero, esta vez, se movieron en otra dirección.

Paralelamente, comenzó a trabajar en una librería ubicada en la calle Corrientes, en Capital Federal, de lunes a sábados desde las cinco de la tarde hasta la una de la madrugada, aproximadamente. En ese ámbito, en el cual circulaba mucha gente, es donde empieza a transitar “un poco en el mundo de lo que estaba pasando”. Además, junto con él entraron a trabajar en la librería dos jóvenes más, de aproximadamente la misma franja etaria. Con uno de esos compañeros de trabajo es con quien Juan pudo hablar por primera vez de su sexualidad por fuera de un consultorio psicoanalítico. Este compañero fue

[...] a quien le conté cómo era mi historia. Y él estaba esperando que lo dijera, porque era obvio. No porque fuera un mariquita, pero era obvio que yo era gay. [...] Y a partir de ahí, me empezó a cambiar la vida, porque entonces me empecé a dar cuenta que no era nada terrible lo que estaba contando, al contrario. Y que la gente lo tomaba bien, o porque entendía cómo eran las cosas y listo, o porque me querían y me bancaban. Y empecé a entender en parte que, si alguien tenía algún problema, era su problema, pero no era mío. Me empecé a sentir bien conmigo mismo.

Desde aquí, y con una agencia que podemos pensar atravesada por una dimensión afectiva, la capacidad de alterar el orden

emocional fue una posibilidad para Juan –por supuesto que con limitaciones–. Podemos pensar, provisoriamente, que las normas existen en la medida que las practicamos. Entonces, esa medida es pasible de ser modificada, por ejemplo, a través de pequeños actos de subversión que desafíen el carácter espectral del poder. El “moverse” del lugar asignado, como Juan logró hacer, puede ser considerado como una de las formas de desafiar y rechazar ese orden afectivo que tanto daño le había generado. Así, la agencia puede ser pensada como la capacidad de actuar ante la estructura, en este caso de manera positiva y buscando erosionar el mandato heteronormado y ese tipo de configuración afectivo-patriarcal. Por ello, el poder hablar con otra gente sobre su sexualidad como estrategia de agenciamiento afectivo fue el comienzo para empezar a sentirse bien.

Empecé a *dejar de ser un monstruo*, y pasar a ser parte activa de todo lo que estaba pasando en ese momento. *Entré a la vida finalmente*. Que era lo que... mi deseo máspreciado. Empecé a vivir una vida al ritmo que me gustaba. Por eso esa historia que hoy se llama “salir del clóset” es un poco rara la expresión. Porque no es que uno abre la puerta y “acá estoy”. En ese momento hablábamos de “asumirse”, esa era la palabra, el verbo que se usaba. “Salir del clóset” no existía. “Gay” tampoco existía la palabra. Uno se asumía homosexual. Para mí, al menos, fue un trabajo de hormiga, de ir hablando con la gente y qué sé yo. Un proceso.

El poder poner en palabras lo que le pasaba, el problematizarlo con sus pares, en este caso con sus compañeros de trabajo y con docentes del ámbito de la facultad, fue lo que le permitió generar herramientas para desandar el camino de subalternización al que había sido empujado por su sexualidad, una suerte de desaprensión de lo aprendido –lo interiorizado durante su infancia y adolescencia–. La soledad en la que se encontraba en materia de sexualidad y el techo al que había llegado durante su adolescencia en cuanto a capacidad de agenciar positivamente su subjetividad quedaba superado, en parte, por los hilos de solidaridad que Juan fue tejiendo. La frase “entrar a la vida” nos invita a reflexionar en

las formas concretas en que la sexualidad, y cómo se subjetivaba a nivel individual y social, afectaba e impactaba en el estilo de vida diario de estos adolescentes y en su más amplio círculo de socialización ¿Cómo recuerda Juan ese “empezar a vivir”?

Eso es bárbaro, porque yo a esa altura tenía veintipico. Veintitrés, veinticuatro. [...] *la sensación de como cuando entrás a florecer. La plenitud. Cuando te sentís bien con vos mismo.* Era una novedad absoluta. Y eso coincide, aparte, con lo que hoy se conoce como la “Primavera de Cámpora”. Yo florezco en esa primavera. Y entré a vivir todo lo que estaba pasando en ese momento.

Este segundo momento de su relato, aparece, así, contextualizado por un periodo de apertura democrática tras el fin de la dictadura de Lanusse y la elección de Cámpora como presidente de Argentina en mayo de 1973.

Es, justamente, en esa librería donde comenzó a trabajar, que lee el libro de George Weinberg, *El homosexual y su liberación*, editado por la editorial Granica: “Y con ese título me lo llevé a casa. Y fue muy interesante leerlo”. Ese libro le brindó dos cosas: lo hizo tomar conciencia a mayor profundidad, ayudándolo a erosionar ciertos miedos y prejuicios que poseía en materia de sexualidad en el momento en que se hallaba entrando en el “ambiente”; y le permitió darse cuenta que “la gente más interesante” era la que transformaba su vida no-heterosexual y los discursos hegemónicos sobre sexualidad en una historia de militancia política. Y en ese momento comienza su búsqueda en el Frente de Liberación Homosexual (FLH), una organización de la que terminará formando parte.

Podemos pensar, como hipótesis, que las emociones y los sentimientos que Juan experimentó a lo largo de su adolescencia fueron lo que, *a posteriori*, lo impulsaron a la posibilidad de actuar políticamente, en su búsqueda por cuestionar y trastocar esa configuración afectivo-patriarcal que se presentaba como natural/dada, así como los discursos sobre sexualidad que la intersectaban. Si bien el momento en que Juan se encuentra militando en el FLH ya es parte de otra historia, no podemos dejar de destacar la importancia de entender los modos en que se podía intervenir en materia de

sexualidad en la esfera “pública” de esta sociedad bonaerense de los años sesenta y setenta; en este caso, desde el activismo.

REFLEXIONES FINALES

Los discursos hegemónicos sobre sexualidad generaban, entre estos adolescentes, ciertos sentimientos de malestar que hallaban expresión emocional cada vez que realizaban acciones que no fueran las socialmente esperables. Estos sentimientos aparecían, ya fuera porque otra persona –familiar o de otro entorno– hiciera algún tipo de acción y/o comentario reprobatorio al respecto, o porque la propia persona tenía por conocidas esas normas sexuales esperables y el sentimiento negativo aparecía y/o se mantenía en cuanto sabía que las había transgredido. Esta especie de “autocontrol” o reconocimiento de los márgenes de lo socialmente esperable en materia de sexualidad por parte de los adolescentes de nuestro periodo respondía a, o se encontraba en estrecha relación con, el poseer una moral sexual socialmente aceptada para poder, por ejemplo, entablar amistades y evitar momentos de incomodidad social. Una mayor libertad sexual y autonomía personal, asociadas en términos hegemónicos a la inmoralidad, podía, y así sucedía, tener consecuencias más que negativas para estas personas: discriminación, violencia física, chantajes, extorsiones, habladurías, marginación social, persecuciones y/o detenciones policiales, entre otras. Los varones y mujeres que se apartaban de las normas de la (hetero) sexualidad hegemónica eran castigados, tanto por el conjunto de la sociedad civil como por el Estado (Miranda, 2011). Esto nos permite entender con un filtro de género de qué manera algunos espacios podían ser transitados por ciertos cuerpos-sujetos y cómo las emociones y sus subjetividades se ponían en juego en relación con su sexualidad y la lectura que la sociedad hiciera sobre ella.

A través de un cierto número de herramientas teóricas provenientes del Giro Afectivo, en este trabajo buscamos reconocer la propia agencia afectiva de adolescentes, como Juan, que habitaron el Gran Buenos Aires en las décadas del 60 y 70, así como su papel en tanto mediadores, resignificadores y/o reproductores de las

diferentes acciones y discursos hegemónicos en materia de sexualidad. Desde la utilización de entrevistas orales semi-estructuradas pudimos vislumbrar el hecho de que las diferentes identidades sexuales, la forma en que la sociedad en su conjunto actuaba en relación con esas identidades y las prácticas que realizaban estos adolescentes eran parte vital de su forma de habitar el espacio, de construir su subjetividad y de ser parte del tejido social.

En este trabajo, además, buscamos señalar que una determinada configuración afectiva patriarcal cumple un papel histórico fundamental en la legitimación de diferentes opresiones: en el caso de Juan por razón de su sexualidad. Esto nos permitió reflexionar sobre el papel de los afectos en el “orden público”, pudiendo concluir que la sexualidad y las formas de subjetivarla hacen al más amplio ordenamiento de las sociedades modernas.

Para finalizar, en este trabajo intentamos destacar que los sentimientos como los que Juan manifestaba no aparecen como mero reflejo directo, personal e individual de quienes los experimentan, sino como configuración social de más amplio alcance. Esto nos permite comprender las formas en que estas personas subjetivaron sus respectivas sexualidades, qué implicancias cotidianas tenía y los alcances políticos de esas emociones en esta sociedad bonaerense. La sexualidad, lo social, lo político y lo subjetivo aparecen, así, profundamente conectados e imbricados.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Acha, O. y Ben, P. (2004/2005). “Amorales, patoteros, chongos y pitucos. La homosexualidad masculina durante el primer peronismo (Buenos Aires, 1943-1955)”. *Trabajos y Comunicaciones*, No. 30/31, 217-260.
- Bruschetti, L. (2018). “Sexualidad infanto-adolescente en Argentina (1960-1976): un balance historiográfico”. *Estudios Sociales del Estado*, Vol. 4, No. 8, 151-176.
- Cosse, I. (2010). *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta: Una revolución discreta en Buenos Aires*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Felitti, K. (2012). *La revolución de la píldora. Sexualidad y política en los sesenta*. Buenos Aires: Edhasa.

- Figari, C. y Gemetro, F. (2014). “Escritas en silencio: Mujeres que deseaban a otras mujeres en la primera mitad del siglo XX” en Barrancos, D.; Guy, D. y Valobra, A. (Ed.), *Moralidades y comportamientos sexuales: Argentina 1880-2011* (pp. 233-250). Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Hochschild, A. R. (2008). “Introducción”, en *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo*. Buenos Aires: Katz.
- Leiva, E. (2015). “Poder, agencia y empoderamiento”. *I Congreso Latinoamericano de Teoría Social*. Instituto de Investigaciones Gino Germani. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires.
- Manzano, V. (2007). “Ella se va de casa: fugas de chicas, ‘Dolce Vita’ y drama social en la Buenos Aires de los tempranos 1960”. *Ponencia, XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*. Universidad de Tucumán.
- Pinque, G. (2020). “Estructuras del sentir: revisitando una noción para estudiar las maneras en que se experimentan y encarnan las transformaciones socio-culturales”. *Heterotopías. Revista del Área de Estudios Críticos del Discurso*, Vol. 3, No. 6, 1-13. Recuperado de file:///C:/Users/lucas/Downloads/31840-Texto%20del%20art%C3%ADculo-105536-2-10-20201230.pdf
- Rich, A. (1996), “Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana (1980)”. *Duoda. Revista d’Estudis Feministes*, No. 10, 15-45. Recuperado de <http://www.mpisano.cl/psn/wp-content/uploads/2014/08/Heterosexualidad-obligatoria-y-existencia-lesbiana-Adrienne-Rich-1980.pdf>
- Rivera Cusicanqui, S. (2018). *Un mundo ch’ixi es posible. Ensayos desde un presente en crisis*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Tinta Limón.
- Rustoyburu, C. (2018). “Gordos, feos y distraídos. Los discursos sobre la pubertad en Argentina, 1940-1970”, en Rustoyburu, C. y Eraso, Y. (Dir.), *Cuerpos hormonales. Intersecciones entre laboratorio, clínica y sociedad* (pp. 227-258). Mar del Plata: Eudem.
- (2019). *La medicalización de la infancia: Florencio Escardó y la Nueva Pediatría en Buenos Aires*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Biblos.
- Sempol, D. (2013). *De los baños a la calle. Historia del movimiento lésbico, gay, trans uruguayo (1984-2013)*. Montevideo: Editorial Sudamericana Uruguay.
- Simonetto, P. (2017). *Entre la injuria y la revolución. El Frente de Liberación Homosexual. Argentina, 1967-1976*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Slaby, J. (2018). “Affective Arrangements and Disclosive Postures”. *Phänomenologische Forschungen*, No. 2, 197-216.
- Terán, O. (1991). *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina 1956-1966*. Buenos Aires: Puntosur editores.
- Von Scheve, C. y Slaby, J (2013). “Emotion, emotion concept”, En *Affective Societies. Key Concepts* (pp. 42-51). New York: Routledge.
- Wittig, M. (2006). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Madrid: Egales.